

## TENSION EN EL SUDESTE DE ASIA

Los reiterados esfuerzos realizados por varias potencias para disminuir la gravedad de la situación en el Sudeste asiático no parecen haber obtenido los resultados apetecidos. Persiste el enfrentamiento bélico que desencadenó la formación de la Federación de Malasia. Sus partidarios y enemigos continúan las escaramuzas, que si no suponen la máxima gravedad desde el punto de vista militar, reflejan una irreductible hostilidad entre los dos bandos, aferrados a sus antagónicas posturas.

El factor que complica en mayor grado este espinoso problema es la presencia de nutridas guerrillas indonesias que operan, cometiendo todo género de violencias, en los territorios borneanos de la Federación. Resulta muy difícil discutir serenamente cuando uno de los interlocutores está cometiendo una agresión. Cuando, a mediados de enero, se celebraron en Tokio las entrevistas Kennedy-Sukarno con el designio de buscar una solución pacífica al conflicto, el jefe del Gobierno japonés, Ikeda, declaraba que el primer paso debía constituirlo la normalización de la situación en Sabah (Borneo del Norte). Se trataba de una petición razonable a todas luces ya que mientras actúen las guerrillas indonesias en Sarawak y Sabah, favorecidas por la proximidad de sus propias fronteras, resulta difícilmente concebible que se pueda llegar a un acuerdo negociado. No obstante, las conciliadoras palabras de Ikeda fueron contestadas ásperamente por un representante indonesio que aseguró que «la única normalización posible consiste en la retirada de los batallones británicos» que se encuentran en dicha zona.

En este pleito, Indonesia está dando pruebas de un grave belicismo. El trato preferente que Sukarno ha recibido de los Estados Unidos no ha causado otro efecto que el de aumentar su arrogancia. Desde 1949 a 1961 los Estados Unidos han concedido a Indonesia 545 millones de dólares.

Sólo desde 1955 entregaron 70,3 millones de dólares en donativos, 113,6 millones en calidad de préstamos y 193,1 millones de productos agrícolas. En comparación con estas cantidades, la China Popular, por la que Sukarno siente tan evidente simpatía, sólo ha otorgado un crédito de 15 millones de dólares en 1956, un préstamo de 20 en 1958 y otro de 30 en 1961. Resulta, por lo tanto, evidente el deseo norteamericano de ayudar al país a mejorar su economía y por eso resulta incomprensible la hostilidad indonesia contra los Estados Unidos demostrada en palabras tan duras como las del almirante Martadinata que, el pasado 20 de enero, decía: «No permitiremos ni ahora ni en mucho tiempo que los barcos de guerra norteamericanos arriben a nuestros puertos, ni siquiera en visita de cortesía.» Tan desabridas palabras no afectaron el interés de Washington por seguir concediendo su ayuda a Yakarta, porque días más tarde el presidente Johnson recomendaba al Senado que aprobase 10 millones de dólares de ayuda militar a Indonesia.

La explicación es que Washington opina que debe seguir ayudando a Indonesia para que dicho país no se entregue decididamente en manos de los países comunistas. Esta previsión parece errónea por dos circunstancias. Primeramente, Sukarno está estrechando sus lazos con los países comunistas, especialmente Pekín, de tal forma que hoy puede considerarse casi como un país satélite. En segundo lugar, Sukarno ha favorecido el crecimiento gigantesco del Partido comunista en su país. En 1962 el secretario general del P. C. I., Aidit, aseguraba contar con dos millones de afiliados, a los que hay que agregar varios millones que integran las asociaciones paracomunistas y simpatizantes. Hoy los comunistas ocupan posiciones clave en el Gobierno y en la Administración indonesia por el deseo de Sukarno de contrabalancear la influencia militar como medio de continuar, vitaliciamente, en la Presidencia. Es posible que Sukarno la ocupe hasta el fin de sus días, pero, a partir de ese momento, el P. C. I., que ya ha reducido a la intemperie al *Masjumi*, puede lograr la conquista del Poder con relativa facilidad utilizando sus potentes recursos internos y la ayuda exterior de Pekín.

La tesis británica, por el contrario, es que la Federación de Malasia constituye, en los momentos actuales, con su probado anticomunismo, la mejor defensa contra la expansión de éste por todo el Sudeste asiático.

Pese a las buenas palabras de Sukarno de respetar los intereses británicos y de sus órdenes a los Sindicatos de cesar en la incautación de los

bienes y propiedades inglesas, tales acciones continúan. El 12 de febrero se comunicaba que un Sindicato había ocupado seis plantaciones inglesas en Java oriental que comprendían 3.575.800 hectáreas de fincas dedicadas al cultivo del caucho, café y cacao. Esta irresponsable actuación extiende el paro en el país y aumenta las dificultades económicas. La mayoría de las fértiles explotaciones incautadas a los holandeses se encuentran en lamentable estado de abandono faltas de una acertada dirección técnica. Con estas medidas, puramente demagógicas, se perjudica gravemente el futuro del antaño opulento país. Sukarno, que pudo haber llevado a Indonesia a un alto grado de prosperidad si hubiese persistido en la prudente política con que inició su mandato, ha ido deslizándose hacia un peligroso extremismo como consecuencia de su vinculación, cada vez más estrecha, a la órbita de Pekín, que cultiva hábilmente sus tendencias expansionistas, imperialistas en último término, de que hace gala el Gobierno de Yakarta. La máxima preocupación que Indonesia ha demostrado ha sido la de incrementar la potencia de sus Ejércitos que hoy representan una fuerza militar muy considerable merced a la ayuda del bloque soviético (aunque también de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos). En abril de 1961 Yakarta anunciaba la compra de armas soviéticas por valor de 400 millones de dólares. Otro empréstito de un equivalente a 450 millones de dólares facilitado por la Unión Soviética ese mismo año fué dedicado, también, a la adquisición de armamentos. En julio el mariscal Suyadarma anunciaba la adquisición de bombarderos de gran radio de acción, tipo T. U. 2, en la U. R. S. S. En diciembre, barcos comprados en Yugoslavia y Polonia, reforzaban la Flota. El 8 de mayo de 1962 se firmaba un tratado con la U. R. S. S. proporcionando Moscú ayuda «sustancial» en armas y equipos. El 9 de agosto, tres nuevas escuadrillas de aviones rusos reforzaban la Aviación. Después de la visita que, en marzo de 1963, verificó a Yakarta el ministro soviético de Defensa, mariscal Malinovsky, las entregas de material de guerra han sido incrementadas. La agencia Antara difundía, el 28 de febrero pasado, la noticia de haberse entregado al Ejército un batallón de tanques soviéticos recientemente llegado, así como otro batallón de vehículos acorazados y piezas de artillería. Los designios bélicos que parecen indicar tan considerables preparativos son obvios. Indonesia ha elegido los cañones a la mantequilla y reitera los designios agresivos que demostró anteriormente, en Nueva Guinea occidental.

Teniendo en cuenta estos claros propósitos, no puede extrañar que el único

resultado conseguido por Robert Kennedy en sus entrevistas con Sukarno en Tokio y Yakarta fuese que el presidente indonesio aceptara reunirse, aunque expresando todo género de reservas, en una Conferencia con Malasia y Filipinas. Mientras tanto, se proclamaba el alto el fuego. Resultado muy pobre, ciertamente, pero, como decía el Fiscal general de los Estados Unidos: «Si lo único que consigue la Conferencia es que no hayan tiros mientras dure, eso habremos ganado.»

El 6 de enero se iniciaba en Bangkok, a puerta cerrada, la Conferencia ministerial acerca de la Federación de Malasia. Participaron el viceprimer ministro de Malasia, Abdul Razak; el ministro filipino de Asuntos Exteriores, Salvador López, y el de Indonesia, Subandrio. Terminadas las reuniones, el 14 de febrero declaraba en Manila López que la segunda serie de conversaciones se iniciarían, probablemente, en Bangkok el día 25. Declaró que había sido estudiada una fórmula de compromiso para el desarme de las tropas que actúan en Borneo septentrional. La segunda serie de conversaciones ha demostrado que son muy fuertes los obstáculos que se oponen a un entendimiento entre los tres países. Malasia solicitaba que los guerrilleros indonesios se retirasen a sus bases de partida antes de llegarse a la aplicación del «alto el fuego». Indonesia se opuso terminantemente a esa petición. El fracaso con que terminaron, el 4 de marzo, las conversaciones de Bangkok, hace sumamente crítica la situación en esa región del mundo.

Si la calma provisional y relativa era el objetivo supremo conseguido por Kennedy no puede decirse que lo haya logrado plenamente, porque, pese a las platónicas declaraciones, los incidentes bélicos continúan ensangrentando Borneo. Así, el 1 de febrero, Malasia—a través de la Embajada de Tailandia—entregaba una protesta por «violación del espacio aéreo malasio», llevada a cabo en el territorio federal de Sabah por aviones militares indonesios que arrojaron propaganda instruyendo a los guerrilleros infiltrados a que mantengan sus posiciones pese a la orden de «alto el fuego». El mismo día comunicaban en Jesselton que un terrorista indonesio había sido muerto y otro capturado por las fuerzas de la Federación. Ante la persistencia de la tensión bélica, la O. N. U. transmitió a Tailandia una petición tripartita (de Indonesia, Malasia y Filipinas) para que supervisase el cumplimiento del cese de hostilidades. Respondiendo a la invitación Bangkok designó un grupo integrado por cuatro militares y tres civiles para supervisar en Borneo. Pero los incidentes no han cesado. Un mes después de la solemne proclamación,

el 21 de febrero, un cabo británico resultaba muerto y cuatro soldados heridos en una emboscada de los guerrilleros en Sarawak.

Nos encontramos, pues, con que pese a las múltiples mediaciones la tensión entre Malasia e Indonesia no ha cedido. El príncipe Abdul Rahman declaraba, el 24 de febrero, en la apertura de la Conferencia Internacional para la Cooperación y el Desarrollo en el Sudeste asiático, que es posible que estalle en cualquier momento la guerra entre los dos países si Indonesia sigue oponiéndose a la Federación. Los síntomas son francamente amenazadores. Por la misma fecha el ministro principal de Sabah, Dato S. Stephens, advertía que si aviones indonesios violaban el espacio aéreo del Borneo del Norte serían derribados. Simultáneamente, Malasia llamaba la atención de Indonesia contra los intentos de ayudar a los guerrilleros indonesios infiltrados, contestando, así, las declaraciones del ministro indonesio de Asuntos Exteriores de que proseguirían las operaciones en ayuda de los mismos. El momento es tan peligroso que el 28 de febrero el presidente de Filipinas, Macapagal, confirmaba los temores de Abdul Rahman diciendo que el problema de Malasia puede degenerar en una guerra, aunque agregó que no escatimaría esfuerzos para salvaguardar los intereses de su país y para mantener la paz y la estabilidad en ese continente. Los buenos deseos se ven, no obstante, perjudicados por la actitud indonesia que confía la solución del pleito a la fortaleza de su Ejército. El presidente indonesio se ve respaldado en su acción por el poderío chino y ha de resultar difícil que transija con una solución negociada que no colme sus ambiciones. El comunismo que en el Sudeste de Asia mantiene las guerrillas de Vietnam del Sur, de Birmania y los ejércitos del Pathet Lao, está firmemente decidido a fomentar en la Federación de Malasia una hoguera cuyas llamas se propaguen a los sectores aún no afectados buscando en ese incendio general la posibilidad de extensión de sus doctrinas. A finales de febrero, Sukarno declaraba en Bali, en un discurso, que era preciso «destruir la Federación de Malasia» y éste es el *slogan* que no cesa de repetir.

Se considera, por algunos expertos, que teóricamente, en caso de fracasar todas las actuales posibilidades, queda el recurso supremo de organizar la MAFILINDO o superfederación que agruparía a Malasia, Filipinas e Indonesia, entidad que cuenta con amplios círculos de simpatía. Ante el panorama vigente, estimamos que la viabilidad política de tal entidad sería

muy limitada en virtud de los recelos que separan a sus eventuales componentes. Sería una amalgama imposible de llevar a la práctica.

En Laos los representantes del príncipe Suvanna Fuma y los del líder procomunista Sufanuvong, llegaron a un acuerdo el pasado 22 de diciembre sobre la neutralización y desmilitarización de Luang-Prabang y el traslado a la capital real de los servicios administrativos. Accedían ambas partes a la creación de una Policía mixta integrada por miembros de las tres grandes agrupaciones políticas. Pese a los múltiples y reiterados acuerdos que se vienen sucediendo en el desdichado país, las escaramuzas entre las fuerzas neutralistas y comunistas persistieron sin alteración. Una nueva reunión entre el general neutralista Kong Le y el del Pathet Lao, Singkapo—séptimo entre ambos generales—se efectuó en la Llanura de los Jarros, el 7 de enero, para tratar de un armisticio. La realidad es que el país sigue sin hallar la tranquilidad necesaria para reponerse de las calamidades sufridas después de tan dilatada guerra civil. Ultimamente, pese a la oposición del delegado polaco, la Comisión Internacional de Armisticio ha decidido el envío de un grupo de investigadores para apreciar la situación que muestra alarmantes signos de empeoramiento. Se demuestra, así, que el neutralismo tampoco es una fórmula que Pekín, que en último término es quien manipula al Pathet Lao, tampoco considera aceptable. Sus consignas son las de mantener las pugnas y la efervescencia que permita algún día anexionarse esas regiones.

Tras el triunfo del golpe de Estado del general Janh, movido, al parecer, de su deseo de evitar al país una neutralización que en Laos ha complicado los problemas sin resolver ninguno, la situación del Vietnam no ha experimentado ninguna mejoría en el plano militar de la lucha contra las guerrillas del Viet Cong. A las presiones internas, numerosas, y de los países circundantes (Laos, Vietnam septentrional, Camboya) que apoyan esa neutralización, se sumó la intempestiva del general De Gaulle en idéntico sentido. El presidente galo, en una desorbitada acción, hizo un llamamiento a los Estados Unidos para que favoreciesen tal neutralización. El gesto del proclive general desencadenó la hostilidad de Saigón, como lo expresaron las manifestaciones antidegaullistas, y la repulsa del presidente Johnson, que, acertadamente, la calificó de «no en interés de la libertad». No puede negarse que el general Janh ha adoptado la postura de energía más adecuada a los graves momentos que atraviesa el país. En la primera proclama de su Junta dice que el objetivo es «aplastar a los neutralistas y los traído-

res que se habían convertido en abogados de la neutralización». Pese a tales deseos, la realidad demuestra que, a partir de entonces, el Viet Cong, utilizando nuevos métodos de lucha y habiendo reforzado notablemente su armamento, ha redoblado sus ataques multiplicando los sabotajes y emboscadas, asaltando ciudades de relativa importancia en las que cometen millares de asesinatos y extendiendo el terror en extensas comarcas en las que hasta el momento habían hecho sólo tímida presencia. La zona del delta se encuentra prácticamente bajo el dominio comunista y se lucha en el centro del país. Según datos muy recientes y responsables, el Viet Cong tiene en pie de guerra un verdadero ejército de 40.000 hombres perfectamente armados y encuadrados en unidades clásicamente militares dotadas de eficientes servicios (transmisiones, propaganda, sanidad, etc.), así como de unos 80.000 hombres alistados en formaciones auxiliares y sólidamente instruídos en las doctrinas políticas de Pekín. La movilidad que poseen esos efectivos militares y la complicitad, voluntaria o impuesta, de la masa campesina, le dan una efectividad notable. Con ella contrasta la apatía y el cansancio que se advierte en las filas gubernamentales, en gran modo por las contradictorias orientaciones que han advertido en los sucesivos Gobiernos y en no escasa medida por la propaganda adversaria que les califica de «lacayos del imperialismo». Contando con efectivos superiores a los 200.000 hombres, carecen de la movilidad del enemigo y las técnicas preconizadas por los asesores norteamericanos no han dado el fruto que se esperaba.

La complicación que esto representa es mayor porque los Estados Unidos, principal sostén de Saigón, manifiestan una política vacilante ante el escaso resultado obtenido de su considerable sangría en hombres y dinero. Indecisión que se ha acrecentado tras la petición, verificada el 25 de febrero, de la U. R. S. S. y la República Popular China, a Washington, de que retire sus fuerzas armadas del Vietnam, puesto que en caso contrario concederán todo su apoyo al Viet Cong en su «justa lucha de liberación nacional». Un cierto sector de la opinión americana se agita propugnando la retirada de aquellos lejanos territorios. El gobernador Rockefeller pedía explicaciones sobre el Vietnam, cuya guerra se está haciendo tan impopular como la de Corea. Pero el triunfo de la tesis neutralista en el país asiático sería el preludio de su ingreso en la órbita comunista; no existe opción, porque Ho Chin Minh está decidido a ello y sólo la fuerza militar puede impedir que realice su objetivo. El viaje que, en los momentos de redactar estas

líneas, emprende a Saigón el secretario de Defensa de los Estados Unidos, MacNamara, puede contribuir a despejar la incógnita de cuál habrá de ser la futura política de Washington de la que depende el panorama del convulsionado país.

Por otra parte, en el plano interno, se multiplican los signos de mutuo antagonismo. El 23 de diciembre el sacerdote católico belga, padre Robert Willich, declaraba en conferencia de Prensa celebrada en Saigón—después de recorrer nueve provincias sudvietnamitas por encargo de los Servicios Católicos de Beneficencia—que en muchas regiones (Turane, Duc Pho, Son Tnh, etc.) se habían asaltado e incendiado los hogares de los católicos. Aunque achacaban a los comunistas la mayor responsabilidad de este hecho, agregaba que «las autoridades gubernamentales han hecho muy poco para prevenirlo». Las fotografías y documentos que el padre Willich mostró a los periodistas acreditaban la existencia de una auténtica persecución religiosa. El 28 de enero, el padre O'Connor—misionero norteamericano corresponsal en Saigón de la Conferencia Nacional Católica—relataba, también, los ataques perpetrados contra los católicos desde la caída del régimen del presidente Diem en los cuales habían sido asesinados varios católicos. Aunque los instigadores sean elementos comunistas, está claro que un sector de la población apoya estos incidentes que no hacen sino aumentar las disensiones.

En la noche del 19 al 20 de enero, miembros armados del Viet Cong realizaron una incursión en la pagoda de Nem Non (provincia de Long Xuyen) y detuvieron a cuatro bonzos que fueron inmediatamente decapitados en el patio de la pagoda por haberse opuesto enérgicamente a las peticiones de los guerrilleros que exigían a la pagoda el pago de dinero y víveres. La Prensa internacional, que tanto relieve dedicó al suicidio de los lamas disconformes con Diem, no dedicó análogo espacio a comentar estos brutales asesinatos porque ahora los verdugos pertenecen al Viet Cong. De todas formas, puede servir de advertencia a los budistas de la suerte que les depara, como ya ha ocurrido en el Norte del país, el régimen fomentado por Hanoi.

El cambio operado en el régimen del Vietnam se acusó inmediatamente en Camboya. A la previa disposición amistosa dió paso, tras el golpe de Estado del general Janh, una renovada hostilidad. El 6 de febrero, Pnom Penh acusaba a Saigón de haber atacado, por aire y tierra, el territorio camboyano, produciendo tres muertos y ocho heridos.

Camboya persiste en la realización de su política de neutralidad a ultranza que habíamos señalado en un trabajo anterior \*. El objetivo del príncipe Sihanuk de romper todo contacto con los Estados Unidos sigue inalterado, aunque momentáneamente haya dado oídos a la propuesta filipina de estudiar los medios para resolver la disputa entre los dos países. Pero claramente ha indicado que la normalización de relaciones con los Estados Unidos tendría que basarse en el apoyo de este país a la categórica admisión de la neutralidad camboyana. La propuesta del presidente Macapagal fué aceptada por Washington el 22 de enero pasado, pero las condiciones (no reanudación de la ayuda americana a Camboya ni aceptación por los Estados Unidos de la celebración de una Conferencia internacional para garantizar la neutralidad), así como el ansia camboyana de permanecer aislada de la influencia americana hacen presagiar un difícil arreglo del problema. La actitud de Sihanuk se ve reforzada por la actitud francesa de apoyo a los neutralismos. Pnom Penh recibió, a primeros del año, la visita del ministro de Defensa francés, Pierre Messmer, que prometió a sus dirigentes suministro de armas, instrucción y ayuda técnica francesa, así como asistencia financiera y apoyo político en los Organismos internacionales. Las maniobras galas para erigirse «en cabeza del «tercer mundo» han dado por resultado que en el Sudeste asiático se enfrenten abiertamente las tesis de París y Washington fomentando un peligroso ambiente de desconcierto que agrava la inestable situación de aquella explosiva región del mundo.

JULIO COLA ALBERICH.

---

\* Julio Cola Alberich: «Acontecimientos en el Sudeste asiático», *Política Internacional*, núm. 71.